

LA VIDA DONOSTIARRA.



AURRESKU EN LA PLAYA.¹

—Yo venir de la Concha, pues. Llover bastante y ver señoras castellanúas con impermeables de manga perdida. Paraguas abiertos en balcones muchos; frio tener yo, y gente aguardar Reina para bailararte zortziko las bañeras guapas vestidas con *chapelgorria*...

Así debo empezar mi crónica final de la temporada, barajando el castellano como las heroínas de la fiesta.

Lo cierto es que el baile de las bañeras ha sido el regocijo más artístico y popular que yo haya visto. Desde el malecon de la playa las vi prepararse en las últimas casetas que allí quedan, esperando las mareas vivas para desaparecer del escenario; á través de las portezuelas he visto aliñarse el cabello á estas damas anfibias, robustas y briosas, capaces de hacer tomar un baño á viva fuerza á un senador inamovible. Poníanse las sayas de percal blanco y los delantales oscuros; ceñían la cintura con bandas rojas como la moña deuntoro, y

(1) Tomamos de *La Epoca* el siguiente delicioso artículo, debido á la fácil, elegante y traviesa pluma de uno de nuestros queridos amigos y colaboradores.

anudábanse al cuello el pañolillo de seda, dejando para lo último el trabajo de calarse la boina, ménos encarnada que sus mejillas frescotas, ateridas por el viento frío de esta mañana de otoño.

¿Y ellos? Ellos sustituían al traje de baño el pantalon de lienzo, y acicalábanse con femenil esmero. Sobre aquellos hombrones, que se pasan la vida dando quiebros á las olas, los trajecilloslimpios, los pañuelos de seda no saben plegarse bien; bañeros y bañeras tienen nostalgia del traje primitivo, y al verles danzar se adivina por el donaire de sus movimientos que el vestido estorba, y se comprende.

Las bañeras, que todo el verano viven metidas en un camison de franela, danzan á sus anchas con movimientos hombrunos; las hay garridasy apuestas como trinquetes, y al romper á bailar parece que no va á quedar rastro del traje postizo ni costura que no salte... Tal es el garbo marinero de aquellas mozas, que todas las tardes celebran sus saraos al aire libre empinando el codo con gracioso desparpajo, para combatir el frío traidor de diez ó veinte baños seguidos.

Esta mañana aguardaron á la Reina formadas en fila. Una de ellas, mujer tremenda si las hay, entregó á la Soberana un ramo de flores, acompañado de la cortesía más espontánea y original del mundo.

La corte se instaló en el balconcillo de la casa de baños, y despues, al son del tamboril, aparecieron las bañeras, que, sobre la arena mu-llida, zapatearon de lo lindo, desafiando el cierzo y la lluvia, que arreciaba por instantes.

La rueda multicolor de los bailarines destacábase del plano amarillo, todavía brillante por el agua de la alta marea, que parecia dar al arenal una capa de barniz; la música del auresku desaparecia á veces entre el rumor del oleaje, y aquella fila de los bailadores corria de un lado á otro, junto al agua, cerca de las casetas donde se agolpaba la muchedumbre, mientras la bailarina, que iba delante de todos, sin soltar el pañuelo que la enlazaba á su pareja, ejecutaba trenzados, brin- cos y piruetas inverosímiles sobre el pavimento de arena húmeda.

La lluvia seguía; soplabo furioso el viento y hervía la concha en olas tendidas á trechos, á trechos rotas en espumarajos de un blanco sucio. El cielo gris y el tono verde ahumado del mar daban al cuadro una nota melancólica; aquel baile era como la última alegría del vera- no, obstinándose en venir los temporales que llegan á la costa. Los bailarines saltaban y saltaban; el zortziko fué apresurando el compás, y á la rueda sucedió de pronto el baile por parejas, el movido *arriñ-*

ariñ, con sus cadencias de jota y sus contornos de irresistible hechizo. Luego el tamboril precipitó sus redobles en una galop furiosa, y bañeros y bañeras cogidos de las manos, desfilaron á todo correr delante de la Reina, que fué vitoreada por la gente marinera, mientras las ráfagas de Nordeste iniciaron la desbandada general.

Y despues quedó la playa en silencio. La playa solitaria, sin case-tas, llena de algas en el revuelto fondo, sin sol en la atmósfera, sin una mancha de plata en el agua de color de ceniza, sin más música que la de esta mar eterna que parece anunciar con sus cantos los naufragios del invierno que empieza.

Al baile de los bañeros en la playa sucede el de los pescadores en las traineras; quizás ese mozo que ahora se despoja de la ropa de fiesta, será el que, dentro de un par de meses, agite el remo convulsivamente, para caer en el agua del Cantábrico, la misma que es azul en verano, la misma que es negra como la noche en las borrascas del invierno.

EL DOCTOR GARCÍ-DÍAZ.

De San Sebastian, en octubre de 1889 años.

